

Días alegres, días rápidos. Conocía a Verónica hace, diez, quince, veinte años; puedo que incluso más. Verónica era mi alumna, y llevaba camisas de cuadros, y era tímida en clase, y la veía, a veces, por los pasillos del centro, gritando, riendo, pero era tímida en clase. Era tímida en clase y llevaba camisas de cuadros.

A clase, Verónica llegaba tarde (adverbio, invariable en cuanto al número, ¿o es que tú dices «llego tardes»?). O puede que no, puede que no llegara tarde. No sabría decir si Verónica llegaba tarde. A decir verdad, no lo recuerdo. Sí recuerdo que llevaba camisas de cuadros, y que sonreía, de cuando en cuando, tímidamente, cuando la miraba. Recuerdo también que se le daba mal la sintaxis, y que siempre decía que «aquel» era un adjetivo demostrativo posesivo. Luego me miraba como perdida, y yo volvía a explicarle los accidentes del verbo (recuérdalos, le decía, por este orden: persona, número, tiempo, modo...), la transformación a pasiva y qué tenía que preguntarle al verbo para que contestara «manzanas». Sí, lo he entendido, decía, pero el lunes los «aquel» seguían siendo adjetivos posesivos, y las manzanas estaban a poco de comerse al pobre Juan.

Eso fue el primer año que conocí a Verónica, que Verónica fue mi alumna: un año de días alegres, un año de días rápidos. El año siguiente no supe nada de ella. Sí recuerdo que la veía, a veces, por el pasillo, gritando, con su camisa de cuadros, con su mochila al hombro. ¡Qué pequeña era Verónica! ¡Doce años, señor, doce años! Alguna vez me saludó, recuerdo, con una sonrisa tímida cuando la miraba. El año siguiente volvería a mi aula, y ya los «aquel» eran demostrativos, y cualquier experiencia de Juan podía ser objeto de un análisis sintáctico.

Volvió Verónica a mi aula, catorce años, con catorce años. Días algo menos alegres, días algo menos rápidos. Volvió sabiendo en qué año se publicó el *Quijote*, cuáles eran las lenguas cooficiales del estado, los accidentes del verbo (...voz, aspecto);

volvió sin camisas de cuadros, prendas de una infancia tardía. En aquel año yo les leía poemas (Góngora, Lope, Quevedo, Garcilaso) y ella, sin tapujos, fruncía el ceño con la poesía metafísica, y miraba, embelesada, cuando era amatoria, a un compañero. Para ella aquellos fueron días alegres, días rápidos, de superación, de lectura, de progreso.

Días tristes, días lentos. Cuarto año en que conocía a Verónica. ¡Diecisiete años, diecisiete! No sé si le di clase; sí que me buscaba por los pasillos y me preguntaba acerca de Bécquer, y del Modernismo. Quién lo hubiera dicho. Cuando la conocí, con trece años, no sabía distinguir los adjetivos de los adverbios, ni analizar «Juan come manzanas». Había crecido tanto... Era tan distinta... Ya ni hablar de las camisas de cuadros. Se dirigía, recta, hacia un futuro lleno de posibles, de días rápidos, de días felices. Me preguntaba por cuestiones de métrica, o por el uso del «se». Durante un tiempo quise pensar que lo hacía para hablar conmigo, pero, aparte de eso, cosa que desconozco, estaba realmente interesada en todos aquellos temas: las vanguardias y los predicativos, las subordinadas y las tragedias. Aún le quedaba algún tiempo en aquellos pasillos donde la vi gritando, donde me sonrió, a veces, tímida, a modo de saludo. ¿Cuánto tiempo habría pasado desde que la conocí? Ella nombraba, de cuando en cuando, un poema, un poema que la marcó años antes. Parece que se lo leí yo, quizá la primera vez que le di clase, cuando tenía doce años. Un poema, me lo decía como esperando que lo reconociera, y sí, a veces lo reconocía. Hoy no recuerdo el nombre. ¡Diecisiete años, diecisiete!

Llegó el momento en que Verónica abandonó el centro. Recuerdo haber hablado con ella el día de su graduación, aquella noche en que llevaba aquel vestido negro, un vestido que, confesó, no sé si a mí o a cualquier otro, aunque cómo lo sabría si no hubiera sido a mí, le había dejado su madre. Estaba guapa, estaba muy guapa. Verónica abandonaba el instituto, y yo pensaba en ella aún tímida y sonriente, camisa de cuadros.

Hablamos un buen rato, y me dijo qué le gustaría estudiar, aunque no recuerdo qué me dijo. Sí recuerdo que era algo que conllevaba dejar aquel sitio, trasladarse a una ciudad más grande, una ciudad con una universidad más grande. Yo, lo recuerdo, la animé a hacerlo. Le dije que tomara cada una de las oportunidades que le diera la vida, nunca uno sabía en qué iban a resultar, así que era una tontería no aprovecharlas. Ella me miraba y asentía, y yo asentía a veces con ella. Le dije también que no dejara de leer, y tampoco de escribir –ahora recuerdo que alguna vez me enseñó algún poema–, que no dejara echarse a perder todo lo que había aprendido en ese tiempo. Las cosas, le dije, se pierden si uno no les presta atención; tú no seas así, mantente al tanto, sigue creciendo, sigue leyendo. Llegarás donde quieras, le dije, estás llamada a cosas grandes. Me pareció, o eso creo, ver que parpadeaba, y, cuando nos íbamos, me quiso dar dos besos, con aquel vestido negro de su madre. Fue uno de los pocos días rápidos de aquella época.

¿Volví a ver a Verónica? Creo que sí, aunque no estoy seguro. Hubo otras Verónicas, otras chicas de camisas de cuadros. Seguí enseñando la diferencia entre pronombres y artículos, la correcta colocación de las tildes. Hubo otras alumnas que me sonreían, tímidamente, muchas menos con el paso del tiempo. Las hubo que me preguntaron por Bécquer y por el Modernismo, que me abordaban en los pasillos, que me enseñaban algún poema. En algún momento, olvidé a Verónica. Las cosas se pierden si uno no les presta atención: yo olvidé a Verónica, ¿me olvidó Verónica a mí? Puede que no la olvidara del todo, un día una chica me habló de ella, era algo así como su prima. Creo que le dije que la conocía sin caer en la cuenta de quién era, puede que siquiera la recordara. Pero sí, la recordaba, le di un libro una vez que vino a verme, un libro que acababa de comprar, que compré para mí, pero que le di a ella, que le di porque hizo que aquel día fuera menos lento y menos triste.

DONDE HABITE EL OLVIDO

Ha pasado el tiempo. ¡He olvidado tantas cosas desde entonces! Olvidé, por ejemplo, la razón que me llevó a enseñar a niños a analizar sintagmas, a hacerlos leer libros que no querían leer. Me quedaba el consuelo de algunos nombres escogidos por el tiempo, de algunos de esos alumnos que perdurarían un poco más, aunque finalmente cayeran, como todo cae, en el olvido. He olvidado casi todo desde aquel entonces. Yo también me fui un día del centro, y desde entonces no he parado de irme de sitios. He venido a dar con mis huesos en este asilo, en esta biblioteca de libros viejos en que nos tocan con guantes, en que no nos sonríen, tímidos, sino que nos tratan de usted y nos dan la comida, serios, dejándonos luego a nuestro libre albedrío. Estoy rodeado de recuerdos que se me escapan por más que intento atraparlos. He olvidado muchas cosas. Hay veces que vienen a visitarme, y me miran con preocupación porque me olvido de lo que estoy hablando: incurro en errores, mezclo fechas y personas, cambio de tema bruscamente. Son las cosas de hacerse viejo: el tiempo hace desaparecer las cosas.

Hoy, en cambio, ha venido a verme Verónica. Me ha dicho que abandonó aquella carrera, y que empezó la mía, la misma que yo acabé hace más de cincuenta años. Lo decidí, me dijo, cuando me regalaste ese libro, cuando leí la dedicatoria. No sabía de qué libro me hablaba. Recordaba, al hablar con ella, a una niña con camisas de cuadros y sonrisa tímida. Estaba dando clases en un instituto, y tenía un alumno que se llamaba Pedro, como tú, dijo. Esa era la razón por la que se había acordado de mí, por la que me había buscado, para darme las gracias, ¡las gracias! Estuvo hablando un buen rato conmigo. Me miraba a veces con un poco de tristeza, como quien mira entre la bruma. ¿Cuántos años tendría? Estuvo hablando un buen rato conmigo, y me dijo cómo había cambiado todo, cómo el mundo seguía, rápido, ajeno. Me ha dicho que, una vez, le dije, que no desaprovechara las oportunidades, que se lo dije la última vez que nos vimos y la marcó profundamente. Yo no recordaba haberle dicho eso, pero me alegro de

haberlo hecho. Es una lástima dejarlas pasar, le he dicho, nunca uno sabían en qué iban a resultar.

Ha llegado el momento en que Verónica ha abandonado el cuarto. Me ha preguntado, antes de irse, si recordaba el poema, aquel poema. Ha debido de ver el desconcierto en mis ojos. Me ha dado un abrazo, parpadeando muy rápido. Me ha dicho que volvería a verme, que me contaría cómo le iba en sus clases. Cuando llegaba a la puerta, de repente, he murmurado «donde penas y dichas no sean más que nombres, cielo y tierra nativos en torno de un recuerdo; donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo, disuelto en niebla, ausencia, ausencia leve como carne de niño».

Verónica se ha parado en seco, solo un momento, la he oído suspirar, y, finalmente, tímida, con una camisa de cuadros, se ha ido.

—¿Quién ha sido quien ha venido a verle esta tarde, don Pedro?

—¿A mí? A mí nunca viene nadie a verme. Oiga, espere, me recuerda a alguien. ¿Le he hablado alguna vez de mis alumnos? ¡Aquellos sí que eran buenos tiempos: días alegres, días rápidos, de superación, de lectura, de progreso!

Rob Tale